

ENSAYO SOBRE CRONOLOGIA E INTEGRACION DE LA CULTURA HUMAHUACA

por CIRO RENE LAFON

I

El ensayo de diacronización de la cultura humahuaca que figura en las páginas que siguen nació como corolario de un estudio de conjunto sobre las formas de inhumación propias de la misma, que llevamos a cabo no hace mucho tiempo y que todavía permanece inédito. En ese trabajo, después de analizar los escasos antecedentes que existían y de compaginar un canon uniforme para pasar revista a todos los yacimientos conocidos, basados en la rigurosa aplicación del criterio de forma, conseguimos fijar de manera más o menos exacta, los rasgos propios de la funebria humahuaca. Pero, consecuentes con nuestro propósito de trascender la etapa puramente clasificatoria y descriptiva en este tipo de estudios, atacamos la interpretación y correlación de dichas prácticas en base a su comparación con otras, no sólo del país sino también de las áreas vecinas, con resultado francamente alentador.

En efecto, logrado el resultado inmediato, que fué la determinación de las más comunes circunstancias que acompañan las inhumaciones en la cultura humahuaca, comprobamos que era posible distribuir las inhumaciones en tres momentos sucesivos de acuerdo con los rasgos predominantes, sin destruir por eso la unidad patrimonial básica, puesto que todas las formas de inhumación coexisten en proporción diversa desde el momento más alejado en el tiempo hasta el período hispano indígena. La diferenciación nos fué posible establecerla mediante un análisis estadístico comparativo del que resultó la primera posibilidad de diacronización (Lafón, 1959, MS) que figura a continuación.

El primer momento, que denominaremos Humahuaca I, o Humahuaca Antiguo, se caracteriza por la inhumación directa de párvulos y adultos en ángulos de habitación, la existencia de cementerios definidos, la presencia esporádica de párvulos en urna, el comienzo de la práctica de inhumar cráneos trofeo, la inhumación de algunos animales según

los mismos cánones en vigencia para los seres humanos y, por excepción singular, la inhumación de algún adulto en urna. El yacimiento representativo de este primer momento es La Isla (Debenedetti, 1910). La característica complementaria es la ausencia de todo rastro de superficie que delate la inhumación.

El segundo momento, que denominaremos Humahuaca II o Humahuaca Clásico, presenta notables diferencias de grado con el que lo precede. Continúa la inhumación directa, en proporciones distintas según los yacimientos, pero la inhumación en cámaras funerarias de diversos tipos constituye la práctica más común. Las cámaras cilíndricas son las más abundantes. Se generaliza la inhumación de cráneos trofeo y aumenta la inhumación de párvulos en urna. Aparece también algún entierro de adulto en urna y algún caso de inhumación de animales, como en el momento anterior. La falta de restos indicadores en superficie reconoce alguna excepción, como en el pucará de Volcán, donde las pircas de las cámaras funerarias sobresalen sobre el terreno circundante. Este segundo momento podría ser ejemplificado por el yacimiento de Angosto Chico (Casanova, 1942 a).

En el tercero y último momento, que llamaremos Humahuaca III o Humahuaca Inca, continúan las prácticas señaladas para el momento anterior, pero con pruebas manifiestas de que la cultura humahuaca ha sufrido en distinta forma y con distinta intensidad según los casos, el impacto de la cultura incaica. Los elementos de ese origen, puros o disfrazados, son más rotundos cuando se trata de cámaras funerarias rectangulares, aunque se dan también en las cilíndricas. Aparecen algunos casos de cremación no muy definidos y de difícil atribución. No existen tampoco restos de superficie. Es un período muy breve que no alcanza a desarrollar sus posibilidades pues casi coexiste con un período hispano-indígena. El yacimiento tipo podría ser el Pucará de Tilcara (Debenedetti, 1930).

Con esta secuencia parecería que no hacemos más que confirmar, con un aporte más sólido, la idea generalmente aceptada de que la cultura humahuaca es originariamente preincaica, que coexiste con el máximo apogeo de los soberanos del Cuzco y que alcanza el comienzo de la época hispano indígena. Pero significa también algo distinto, por ejemplo la ubicación temporal de algunos yacimientos clave y, lo que es más, la posibilidad de intentar correlaciones significativas, como se verá.

La antigüedad mayor de La Isla es posible admitirla como se ha hecho tradicionalmente, por la ausencia de elementos hispánicos, la au-

sencia de elementos incaicos puros o disfrazados, la falta de artefactos de madera, la mala conservación de los restos humanos y alguna estratigrafía parcial que hace considerar a la cerámica de "tipo Isla" como más antigua (Casanova, 1938, p. 110 y ss.). También Bennet (1948, p. 43) considera que el estilo Isla Polychrome aparece durante la Middle Culture, prolongándose en el tiempo. En cuanto a Angosto Chico, no hay duda de que es ligeramente pre-incaico y se lo considera como típico de la cultura humahuaca (Casanova 1942, a). Finalmente, la perduración del Pucará de Tilcara hasta el momento hispano indígena, no admite controversia alguna (Debenedetti, 1930).

Más sugestiva que la diacronización de algunos de los yacimientos, es la posibilidad de correlacionar esta secuencia inicial, basada en la funebria, con otras áreas de noroeste argentino, como el área central, cuya cronología relativa está admitida en términos generales (González, 1955).

De acuerdo con la postulación de González, el contexto más antiguo de esa zona, conocido como Ciénaga I|II está caracterizado, entre otras cosas, por la inhumación de adultos en simples pozos, alguna vez delimitados por una fila de piedras, la existencia de cementerios definidos, la posición genupectoral y la falta de restos de superficie que denuncian la inhumación. Al contexto siguiente, la Aguada, en el que continúa la inhumación directa de adultos, debe agregarse como rasgo típico la inhumación de párvulos en urna. Por último, durante la cultura Belén, hace su aparición la inhumación en cámaras funerarias, que en su momento final, el Belén III, recibe los elementos clásicos de horizonte incaico (González, 1955, p. 14-29).

La coincidencia entre esta sucesión cronológica y los tres momentos que hemos distinguido más arriba en la funebria humahuaca, es sorprendente y tentadora, puesto que nos permitiría afinar un poco más la incipiente cronología de la cultura humahuaca, según el planteo siguiente. Humahuaca I, se correspondería en el tiempo de Belén I, con la seguridad de que su comienzo se habría producido hacia el final de Ciénaga, como lo hace presumir la iniciación de la inhumación de párvulos en urna; el Humahuaca II, se correspondería con el Belén II y el Humahuaca III con el Belén III, o Belén Inca. Para una mejor compaginación, agregamos que la secuencia que proponemos se correspondería con la que propone hipotéticamente el mismo autor (González, 1955, p. 12) para el valle Calchaquí, como lo prueba el hallazgo de piezas de estilo Santamariano y Paya Inca en yacimientos de la Quebrada de Humahuaca. En cuanto al período hispano-indígena está bien comprobado

en algunos yacimientos que, como el Pucará de Tilcara, ostentan también marcadas pruebas de que llegó hasta allí el horizonte incaico (Debenedetti, 1930; Lafón 1957). Como puede advertirse, se trata de una hipótesis de trabajo digna de ser tenida en cuenta.

II

Pero no se detuvieron ahí nuestras especulaciones, que aspiraron desde un primer momento no sólo a buscar correlaciones con el resto del noroeste sino también, con el gran sistema de culturas andinas del que forma parte la cultura humahuaca. Por eso dirigimos nuestra mirada hacia el altiplano boliviano que por su situación a mitad de camino entre nuestro país y el Antiguo Perú nos pareció el lugar más adecuado para intentar el esfuerzo, con resultado no poco positivo.

El primer aporte favorable resultó del análisis de la ya clásica monografía de Rydén sobre sus excavaciones en el Altiplano boliviano (Rydén, 1947) en el capítulo dedicado a resumir sus observaciones sobre las "Chullpas de Bolivia". Allí, al exponer una clasificación de tumbas, en el grupo de tumbas subterráneas, incluye cámaras funerarias en forma de cúpula levantadas por superposición de piedras, cámaras funerarias cilíndricas construídas del mismo modo, cámaras ovales con techo en cúpula y, como último tipo, entierros directos. Todas ellas coinciden en líneas generales con las cámaras funerarias de la Quebrada de Humahuaca, hasta tal punto, que las cámaras del penúltimo tipo, dudosas en cuanto a su finalidad, tienen su equivalente en las de Coctaca (Casanova, 1934 - Greslebin, 1929 - Gatto, 1934).

Confirmada esta afinidad formal, es necesario manifestar que el tipo de cámara funeraria que Rydén llama "cista" no es la más frecuente en la Quebrada de Humahuaca, aunque ha sido consignado varias veces (Lafón, 1956-57 - Casanova, 1938) lo bastante como para ajustar un poco más esa afinidad. Por otra parte, la presencia de cámaras funerarias del mismo estilo en el área santamariana (Schreiter, 1919) nos apoya en nuestras correlaciones. En términos de cronología relativa, todas estas tumbas subterráneas de la clasificación de nuestro autor, corresponden, con las excepciones del caso, a un período equivalente que va de Tiahuanaco Decadente hasta el momento incaico. La atribución de este tipo de cámaras funerarias al período conocido como Tiahuanaco Decadente tiene además una comprobación estratigráfica debida a las excavaciones de Casanova en Copacabana (Casanova, 1942, b, fig.

9). El otro gran grupo de tumbas propuesto por Rydén en el mismo volumen, las "grave houses", prácticamente no existe en la Quebrada. Un solo caso ha sido consignado y no tiene todas las garantías de seguridad (Schuel, 1930, fig. 10, Nº 10).

Orientada nuestra pesquisa en esta dirección, acudimos seguidamente a un trabajo de Ponce Sanginés, que excavó en varios lugares contemporáneamente con Rydén, en el que trata de llenar el problema de la cerámica de Mollo (Ponce Sanginés, 1957). Afirma que la mencionada cerámica debe ubicarse en términos de cronología relativa, entre Tiahuanaco Expansivo e Inca, aunque debe haberse iniciado un poco antes (Ponce Sanginés, 1957, p. 52). De toda su argumentación nos interesan dos cosas: 1) que esta cerámica aparece asociada con algunos de los tipos de cámaras de Rydén —y por ende, los nuestros— especialmente cistas y cámaras en forma de cúpula; 2) que admite la posibilidad de cierto nexo entre la cerámica de Mollo y los estilos Isla Polychrome y Alfarcito Polychrome. Más adelante, afina su cronología ubicando el desarrollo de la cerámica Mollo durante el oscuro período "Chullpa", hasta 1450.

En el mismo orden de cosas no vacila Ponce Sanginés (p. 105) en afirmar que la cerámica de Churajón es anterior al Inkario y que se prolonga un poco más. Esto tiene particular importancia si recordamos que algunas de las cámaras funerarias propias de Churajón en Arequipa, son bóvedas con piedra pircada sin arcilla (Málaga, 1949, p. 116).

También las tumbas subterráneas de Wakuyo (Isla del Sol) exploradas por Perrin Pando, permiten reconocer cámaras funerarias rectangulares, trapezoidales, y cistas como las que ya conocemos, algunas de ellas poligonales. Importa mucho, además de la forma, la ubicación cronológica, pues pertenecen al período Tiahuanaco Expansivo o Decadente (Perrin Pando, 1957).

Y para reforzar un poco más nuestra argumentación, nada mejor que las recientes excavaciones de Rydén en el área de Mollo, en las que la minuciosidad del trabajo permite seguirlo paso a paso (Rydén, 1957). Por de pronto, las tumbas ilustradas a lo largo de más de un centenar de páginas (algunas curiosamente semejantes a las de Humahuaca como las reproducidas en las figs. 13, 14, 107, etc.) son susceptibles de ser ubicadas en el Tiahuanaco Decadente mientras que otras parecen haber recibido, casi al mismo tiempo, influjos incaicos, sin que falte alguna "cista" que parece haber durado hasta tiempos post hispánicos (Rydén, 1957, p. 38).

Hay indicios que la forma de inhumación utilizada es quizá, un poco anterior al período Decadente (Rydén, 1957, p. 42 y ss.). Lo más sugestivo es que la diacronización de las tumbas la lleva a cabo Rydén mediante la discriminación detallada de la morfología y decoración de la cerámica y los casos elegidos como prueba de la existencia de períodos recientes nos acercan aún más a nuestro objetivo. En efecto, el "semi-spherical bowl" (Rydén, 1957, fig. 15 y 16) no es otra cosa que un puco, la forma más común de la cerámica humahuaca; otro tanto ocurre con otros pucos y tazas con asa lateral (Rydén, 1957, fig. 17 y 18) y, tomada en conjunto, la morfología de la cerámica que ilustra en otras ocasiones, podría ser de origen humahuaca (Rydén, 1957, fig. 30). Claro está que estas analogías tienen su contrapartida: no se consigna distinción alguna entre párvulos y adultos ni tampoco inhumación en urna, pero esto no hace a nuestra finalidad, porque a esta discriminación propia del noroeste argentino debe asignarse otro significado y otro origen, quizá extra-andino, que no entorpece, a nuestro juicio, el camino que seguimos.

Con los argumentos que hemos compilado hasta aquí podemos intentar la correlación cronológica con el altiplano boliviano según las aproximaciones que en seguida detallamos. Humahuaca I resiste su colocación junto a Churajón, donde además de cámaras funerarias hay inhumación directa y existen las afinidades estilísticas en la cerámica. La ubicación de Humahuaca II es todavía más clara, con relación al Tiahuanaco Decadente y al oscuro momento de las chulpas. Respecto del Humahuaca III, no hay ningún inconveniente. Sólo agregaremos, a título explicativo, que los períodos propuestos para la cultura humahuaca, dan la impresión de seguir exactamente la secuencia de los del altiplano pero más rápidamente y sin deferencias tan marcadas como aquéllos.

III

La diacronización que venimos de proponer descansa, casi en la sola consideración de la funebria como elemento de juicio para distinguir períodos y establecer correlaciones según declaramos al iniciar nuestra exposición. Los acápites I y II, en esta ocasión más elaborados, nacieron como resultado de un estudio sobre las inhumaciones que nos permitió una diacronización inicial sobre cuya base, no del todo sólida en verdad, seguimos construyendo. Y es para fortalecerla que acudimos

nuevamente a la revisión de las fuentes arqueológicas con el fin de someterlas a una discriminación de valores con la esperanza de asentar con mayor seguridad los tres períodos que sugiere la funebria.

Los resultados no fueron por desgracia tan alentadores. La enorme y abrumadora mayoría de los trabajos publicados hasta el momento no han ido más allá de la clasificación y descripción menuda de los diversos elementos que conforman el patrimonio cultural humahuaca, sin insistir en posibles diferencias cronológicas, que sólo aparecen insinuadas en otras recientes (Casanova, 1950; Bennett, 1948). Con todo, algo puede entresacarse de la ingente cantidad de datos acumulados a lo largo de muchos años de trabajos en la Quebrada, y con ese algo es que elaboramos los contextos que siguen, mucho más claros en el Humahuaca II y III que en el I, cuya real existencia no parecería tan demostrada, si no fuera por dos o tres rasgos que le son peculiares.

El contexto Humahuaca I, además de la funebria ya definida, contaría con otros elementos como: habitaciones de piedra construídas sobre lomadas o terrazas, agrupadas, pero sin llegar a tener aspecto de pueblos; agricultura en terrazas no muy intensiva; un trabajo de los metales escaso, si no alóctono; utilización del hueso con cierta frecuencia; trabajo de madera y calabazas, escaso; trabajo de la piedra, no muy abundante. La cerámica, casi con tanta fuerza probatoria como la funebria, parece ser uno de los rasgos más definitorios: en efecto, formarían parte de este contexto los estilos Isla Policromo y Alfarcito Policromo, ya bien definidos por Bennett (1948). Este mismo autor sugiere la existencia de una cultura pre-humahuaca que se habría desarrollado en los que llama Middle Period, con la que no comulgamos. Si una diferencia existe, tal como la postulamos, es sólo una diferencia de grado, de carácter temporal, razón por la cual hemos hablado de períodos. La unidad cultural está probada tanto por la cerámica, puesto que ya en Humahuaca I hay vasos de estilo Hornillos negro sobre rojo y Angosto Chico, como por la funebria y los restantes elementos que hemos considerado, que se prolongan en el tiempo.

El contexto Humahuaca II se presenta con caracteres más definidos, pero no resulta fácil la discriminación de los rasgos de origen incaico, que se muestran enmascarados por adaptaciones locales o por transformaciones sufridas a lo largo del camino desde su lugar de origen, tanto que casi todos los autores han integrado la cultura humahuaca incluyendo estos últimos. Nosotros, en cambio, en este esquema del contenido de Humahuaca II, Clásico, como lo hemos llamado, trata-

remos de evitarlos. Integrarían pues el segundo contexto los rasgos siguientes: casas de piedra construídas en terreno llano o en cerros de difícil acceso, formando verdaderas agrupaciones urbanas (pueblos viejos, pucará, pueblos agrícolas) con caminos angostos o senderos entre las casas; agricultura intensiva, andenes de cultivo muy numerosos con riego directo por medio de sangrías a los cursos de agua; metalurgia no muy abundante; intensa estilización de la madera, hueso y calabazas, frente a una discreta utilización de la piedra. La cerámica, muy abundante, complementa con mayor justeza lo dicho: predomina absolutamente la decorada en negro sobre fondo rojo, que incluye los estilos Hornillos negros sobre rojo y Tilcara negro sobre rojo de Bennett, aunque aparecen también el Isla Policromo y Angosto Chico inciso.

Por último, el contexto Humahuaca III, o Humahuaca Inca, presenta fundamentalmente los mismos elementos constitutivos, perfeccionados algunos, que el precedente. Para su integración básica nos hemos valido de un trabajo anterior (Lafon, 1957) y nuevas observaciones que dan el cuadro que sigue: casas de piedra semejantes en todo al anterior, aumento de pucarás según plan estratégico (?), nuevas técnicas (argamasa, nichos, habitaciones intercomunicadas, pisos pavimentados, templos); agricultura intensiva (coexiste el sistema de riego ya mencionado con otros más perfectos que incluyen regueras y canales de distribución); metalurgia (aleaciones), muy abundante; continúa el uso intensivo de madera y hueso, distinguiéndose artefactos de origen incaico; uso frecuente de la piedra (mazas estrelladas, llamitas, adornos, de neta derivación incaica). La cerámica es la que con más claridad acusó el impacto, pues las formas y motivos decorativos insurgentes son frecuentes, pero a la vez demuestran la capacidad de absorción de los alfareros locales. Piezas de estiulo Cuzco Policromo, son raras; en cambio, abundan casos de formas incaizantes con decoración local que casi pueden integrar un nuevo estilo, el Humahuaca Inca, como ya hemos dicho en otra oportunidad. Persisten los estilos ya conocidos.

Un período hispano indígena, sobre cuya duración no tenemos fechas exactas, ha existido sin lugar a dudas: así lo prueba el hallazgo de objetos de origen europeo en algunos yacimientos como La Huerta y el Pucará de Tilcara, como así también la inhumación de una vaca en este último yacimiento. La captura de Viltipoco marcó el comienzo del fin de estos omaguacas históricos, que luego fueron repartidos en encomiendas y absorbidos por la vida colonial, cuando no destruídos por ella.

Cuál fué el origen y cómo se transformó a través del tiempo esta entidad que denominamos Cultura Humahuaca, es un problema erizado de dificultades y, por lo mismo, muy atrayente, ya que no significa otra cosa que hacer historia de la cultura humahuaca. Pocos son los medios con que contamos, pero intentaremos siquiera sea un ensayo, a manera de introducción.

IV

Partiremos de una base sólida como es la de admitir que esta Cultura Humahuaca tuvo un origen específicamente andino (Palavecino, 1948), que sus portadores fueron de raza ándida (Casanova, 1936) y que se desarrolló durante cierto tiempo con caracteres propios, en un medio ambiente con características bien definidas. No hubo pues reemplazos de una cultura por otra, ni tal cosa debe inferirse de nuestra cronología. Ya lo dijimos con respecto a la Middle Culture de Bennett y ahora lo repetimos a propósito de su Inca Culture. Son tres momentos o períodos distintos de una misma cultura que ha sufrido cambios a través del tiempo sin que éstos afectaran su estructura intrínseca.

Sus portadores llegaron a la Quebrada en tiempos más bien tardíos, con un bagaje cultural bastante complejo (construcciones de piedra, agricultura, cerámica, tejeduría, inhumación directa, cementerios, totemismo (?), que hizo pensar a Debenedetti (1910) que habían venido "con su cultura ya hecha". Nosotros hoy no diríamos lo mismo. Vemos en ese bagaje inicial un perfeccionamiento del viejo substratum pan-andino (Lafón, 1956-1958), logrado en su lento desplazamiento hacia el sur, a través del tiempo y las distancias. Ese fondo primitivo se puede reconocer en los vasos figurina que forman parte conspicua del estilo Isla Polícromo, desde los ojos en grano de café hasta la representación de pintura y tatuaje, pasando por notables diferencias de peinados y posición de los ojos. La fuerza ancestral de la representación antropomorfa primero, androprosopa más tarde, se reconoce hasta mucho tiempo después, quizá cuando su primitivo significado ya se había perdido.

Vienen del norte, por un camino difícil de reconstruir, pero que por lo menos podemos conjeturar: no ha sido una vía directa. Así nos lo hacen suponer los distintos tipos de vasos figurina que es posible diagnosticar. Algunos hallados en la Isla y Angosto Chico (Debenedetti, 1910; Casanova, 1942, a), parecen entroncar con la tradición artística

de la costa peruana; otros (Debenedetti, 1910) se han obtenido a expensas de formas nobles de origen completamente diverso y alejado.

Llegaron en un momento tardío, dijimos, con respecto al desarrollo de las culturas de los Andes Centrales, que podría ser después del esplendor de Tiahuanaco en su lugar de origen. Esto puede admitirse si consideramos que los estilos Isla Policromo y Alfarcito Policromo forman parte de un supuesto "horizonte negro-blanco-rojo".

Se establecieron en la Quebrada después de su largo peregrinar e iniciaron su nueva vida sedentaria en un lugar que era camino obligado en una dirección y otra, lo que condicionó muchos aspectos de su vida futura. Fueron ocupando lomadas y quebradas tributarias con sus caseríos, al mismo tiempo que empezaban a desarrollarse gradualmente sus posibilidades patrimoniales. Ya establecidos definitivamente, uno de sus asentamientos, casi sobre la margen del río Grande, fué La Isla, que nos permite afirmar que muy pronto el patrimonio inicial sufrió el impacto de los pueblos vecinos, cercanos y lejanos (adultos en urnas, calabazas, párvulo en urna), preparándose así un florecimiento cultural que, condicionado por el medio ambiente, daría por resultado lo que llamamos Humahuaca II, o clásico.

Nuevas fuerzas procedentes de diversas direcciones, en continuo juego de acción y reacción, apresuran ese florecimiento. Llegan los ecos del horizonte Tiahuanaco y quedan como prueba las cámaras funerarias subterráneas que no hacen desaparecer, sino que se suman, a la vieja costumbre de la inhumación directa. Del contacto frecuente con los pueblos de los valles orientales, a través de los cuales llegó un fuerte impacto amazónico, quedaron asimiladas las puntas de flecha de madera, el uso intensivo de calabazas, las puntas de flecha y las trompetas de hueso, algunos tembetá y la esporádica inhumación de adultos en urna. De las altas tierras del noroeste y del oeste, las ideas técnicas y los cánones artísticos de los creadores del Puna Complex dejaron profunda huella en la industria de la madera. Del sur provino el tratamiento especial de los párvulos después de muertos y hasta algún vaso de estilo diaguita-chileno nos habla de contactos extracordilleros. Frecuentes hallazgos de pucos de aire pomeño son también muy sugestivos.

La capacidad receptiva y transformadora de la cultura humahuaca absorbió fácilmente esos impactos, los unificó y les dió su sello propio. Por sobre todos los elementos de origen alóctono se destaca la abrumadora uniformidad de las construcciones, de la cerámica decorada

con motivos geométricos en negro sobre rojo, de las deformaciones cefálicas y la permanencia de la vieja costumbre de la inhumación directa, para no mencionar sino algunos de los rasgos más importantes que prestan contenido particular al período que hemos llamado Humahuaca II, o clásico. Recordemos, de paso, que según nuestra hipótesis, durante el florecimiento de Humahuaca II, estaba en su apogeo la Cultura Belén, de la llamada área diaguita, asiento de culturas anteriores a la humahuaca.

Consolidada la cultura humahuaca, dueña y señora de la Quebrada que le dió su nombre y zonas vecinas, comenzó a su vez a irradiar hacia las zonas limítrofes, especialmente hacia el sector de la Puna Jujeña y hacia los valles orientales, como consecuencia de un activo movimiento de circulación de pueblos cuyos ecos recogieron todavía los primeros españoles que recorrieron el norte de nuestro país, cuando empezaron a llegar desde el norte las líneas de fuerza rectora del Inkario.

Llegaban un poco debilitadas, es verdad, como para modificar substancialmente su contenido tradicional en poco tiempo, pero se hicieron sentir especialmente en ciertos aspectos como la cerámica, algunos detalles arquitectónicos y la aparición de algún ceremonial (las ruinas del edificio conocido como la Iglesia, en el Pucará de Tilcara). Los rasgos fundamentales del horizonte incaico no alcanzaron a manifestarse con su plena vigencia (Lafón, 1957), porque a su zaga venían ya los conquistadores. El período que llamamos Humahuaca III, o Inca, fué breve por esas razones.

El conato de resistencia armada contra el conquistador fracasó por el afortunado golpe de Argañaraz al tomar prisionero al cabecilla Viltipoco, que representa el fin de los omaguacas históricos, que no podemos llevar mucho más allá del Humahuaca III. Terminaba así el período hispano indígena y cedía ante los europeos una de las culturas aborígenes más homogéneas de nuestro noroeste.

V

Una palabra más para terminar. Desde un principio hemos considerado a esta breve contribución como un ensayo de interpretación de los conocimientos actuales sobre la cultura humahuaca, y como tal debe ser entendida. Representa, al mismo tiempo, nuestra personal manera de ver las cosas, que ofrecemos a los entendidos como una hipó-

tesis de trabajo o como base de discusión, razón por la cual hemos evitado en lo posible toda ostentación erudita, dando por sentado solamente un conocimiento cabal del patrimonio en cuestión.

Sabemos que una diacronización tal como la que venimos de proponer no es tan sólida como la que puede obtenerse por una rigurosa estratigrafía, pero entendemos también que mientras ésta no exista nunca estarán de más trabajos como el nuestro, que sólo buscan ordenar un poco los conocimientos, aunque suelen tener una consecuencia notable: estimulan la crítica y promueven la discusión. Si conseguimos tal cosa, nos daremos por satisfechos aunque nuestro edificio se destruya, pues se habrá dado un gran paso adelante. En esta posición de espíritu ponemos el punto final.

BENNET, WENDELL C., y otros: 1948, *North western argentine archaeology*, en *Yale University Publications in Anthropology*, 38-39, New Haven.

CASANOVA, EDUARDO: 1934, *Observaciones preliminares sobre la arqueología de Coctaca*, en *Congreso Internacional de Americanistas*, XXV Sesión, La Plata, 1932. Buenos Aires.

1936, *La Quebrada de Humahuaca*, en *Junta de Historia y Numismática, Historia de la Nación Argentina*, vol. I, Bs. As.

1938, *Características de los yacimientos de la provincia de Jujuy*, Buenos Aires M. S.

1942, a, *El yacimiento arqueológico de Angosto Chico*, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. III, Buenos Aires.

1942, b, *Dos yacimientos arqueológicos en la península de Copacabana (Bolivia)*, en *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia*, vol. XL, Bs. As.

1950, *La Restauración del Pucará*, Bs. As.

DEBENETTI, SALVADOR: 1910, *Exploraciones en los cementerios prehistóricos de la Isla de Tilcara (Quebrada de Humahuaca, provin-*

- cia de Jujuy), en *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras*, Nº 6, Bs. As.
- 1930, *Las ruinas del Pucaná de Tilcara, Q. de Humahuaca*, en *Archivos del Museo Etnográfico*, II, Bs. As.
- GATTO, SANTIAGO: 1934, *Granero o silo en la Quebrada de Coctaca*, en *Congreso Internacional de Americanistas*, XXV sesión, La Plata, 1932, Bs. As.
- GONZÁLEZ, ALBERTO R.: 1955, *Contextos culturales y cronología relativa para el área central del NO. Argentino*, Nota preliminar. Mendoza.
- GRESLEBIN, HÉCTOR: 1929, *Tipo de cámara sepulcral en la Quebrada de Coctaca*, en *Physis*, vol. IX, 34. Bs. As.
- LAFON, CIRO RENÉ: 1954, *Arqueología de la Quebrada de La Huerta*, en *Publicaciones del Instituto de Arqueología*, vol. I, Bs. As.
- 1956, *En torno a la integración de la cultura andina*, en *RUNA*, vol. VII, Parte primera, Bs. As.
- 1956-1957, *Nuevos descubrimientos en El Alfarcito*, en *RUNA*, vol. VIII, Parte primera, Bs. As.
- 1957, *El horizonte incaico en Humahuaca*, en *Anales de Arqueología y Etnografía*, tomo XII, 1956, Mendoza.
- 1958, *De la cronología y origen de las culturas del noroeste argentino*, en *Revista del Museo de La Plata (M. S.)*, Sec. Antropología, tomo V, La Plata.
- 1959, *Un estudio sobre la funebria de la Q. de Humahuaca*, Bs. As., M. S.
- MÁLAGA, BERNARDO: 1949, *La cultura puquina o prehistórica de la provincia de Arequipa*. Lima.
- PALAVECINO, E.: 1948, *Areas y capas culturales en el territorio argentino*, en *GAEA*, vol. VIII, Bs. As.
- PERRÍN PANDO, ALBERTO: 1957, *Las tumbas subterráneas de Wakuyo*, en: Ponce Sanginés Carlos (Director), *Arqueología Boliviana*, La Paz.

- PONCE SANGINÉS, C.: 1957, *La cerámica de Mollo*, en: Ponce Sanginés, Carlos (Director), *Arqueología Boliviana*, La Paz.
- RYDÉN, STIG.: 1947, *Archaeological researches in the Highlands of Bolivia*, Göteborg.
- 1957, *The Tiahuanaco era east of lake Titicaca*, en *Andean Explorations*, I, del *Ethnographical Museum of Sweden*. Monograph Series, Publication N° 4. Stockholm.
- SCHREITER, R.: 1919, *Distintas clases de sepulturas antiguas observadas en los valles calchaquíes*. Bs. As. (tirada aparte con introducción de Eric Boman).
- SCHUEL, KARL: 1930, *Ruinas de las poblaciones indígenas de la provincia de Jujuy*. En quinta reunión de la Sociedad de Patología regional del norte argentino, celebrada en Jujuy del 7 al 10 de octubre de 1929. Bs. As.